



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 30 (2024)

Juan Pedro MARTÍN VILLARREAL (2023), *Mujer y suicidio en la literatura española y británica de la segunda mitad del siglo XIX. Perspectivas comparadas*, Lausanne, Peter Lang (Romances Studies), 335 pp.



La impactante imagen del cuadro de Millais (1852) en el que se representa a Ofelia, ya muerta, flotando sobre las aguas, supuso la plasmación artística más famosa de un controvertido tema que hunde su raigambre simbólica desde la remota Antigüedad clásica. Si bien la reflexión sobre la muerte ha sido siempre un tema consustancial a la existencia del ser humano, la noción de suicidio ha sido interpretada culturalmente desde diferentes perspectivas ante la complejidad que supone la comprensión o la condena de quien pone su voluntad en quitarse la vida. Más allá de ello, es insoslayable el tratamiento diferencial que suscita si el suicidio ha sido perpetrado por un hombre o una mujer, ya que el peso de la cultura patriarcal se materializa en múltiples discursos: desde la patologización pseudocientífica de la naturaleza femenina, mental y sexual, a la sanción moralizante de la transgresión de los mandatos de género, pasando por la sublimación estética —e incluso una erotización— a través de la mirada masculina ante la contemplación de un cuerpo yacente, expuesto en su grávida fragilidad.

Sin embargo, situándonos en la segunda mitad del XIX, una corriente de mujeres escritoras utilizaron los medios a su alcance para, dentro del espectro de sus posibilidades y convicciones, subvertir el relato hegemónico sobre el suicidio femenino, el cual ocultaba deliberadamente la

opresión sufrida por las mujeres que pudiera motivarlas a darse tal final. En un brillante trabajo en el que se publican los resultados de su tesis doctoral, Juan Pedro Martín Villareal explora el panorama cultural europeo que convirtió esta cuestión en una obsesión temática sobre la que se consolidaron estereotipos literarios que desbordaron fronteras. A pesar de ello, estos discursos no tuvieron geográficamente el mismo calado, de modo que ha centrado el foco investigador en estudiar su recepción y difusión en España y Gran Bretaña; dos países marcados fundamentalmente por diferencias religiosas que, en conjunción con diversos factores contextuales, propiciaron una aceptación distinta dentro de cada tradición literaria. De ese modo, mediante una extraordinaria claridad expositiva y argumentativa, el autor lleva a cabo dos procesos de análisis comparativos: desde un plano vertical pone en relación los distintos discursos, además de los literarios, que se imbrican en una misma realidad cultural, mientras que desde el plano horizontal explora las coincidencias o disidencias transnacionales (en tono, estética, ideología y propósito) entre ambas tradiciones.

Si atendemos a la estructuración del libro, vemos que se encuentra dividido en dos grandes bloques —compartimentados a su vez en cuatro capítulos—: en el primer bloque nos desvela las claves teóricas que subyacen en los discursos literarios y artísticos, las cuales nos permitirán, en la segunda parte, aproximarnos a comprender la actitud de ciertas escritoras británicas y españolas ante esa construcción patriarcal del suicidio femenino.

En el primer capítulo, se adentra en rastrear la consideración que el suicidio ha tenido a lo largo de la historia y que ha dado lugar a dos vertientes reactivas principales: la condenatoria y la empática, no necesariamente opuestas. La inclinación de la balanza de ese juzgamiento dependía, fundamentalmente, de la forma en que se había dado la muerte: a pesar de la condena generalizada, llegó a abrirse paso una comprensión favorable siempre que existiesen unas causas de peso y su práctica se hubiese llevado a cabo de manera honrosa. Así, mientras los suicidios de los héroes epopéyicos estaban impulsados por el altruismo, el sacrificio, el honor o la guerra, en el caso de las mujeres existía un tratamiento diferencial al vincularlo con la honra, la fidelidad al marido, la castidad, el desamor o la desobediencia a las leyes de los hombres. Los mecanismos que sustentan esta alteridad se mantendrán a lo largo de los siglos, entretejiéndose con las diversas connotaciones filosóficas que pondrán en un primer plano concepciones como la libertad humana y la pertinencia de una muerte digna ante el sufrimiento o la vejez, así como la afirmación de la individualidad con una lectura política.

Será durante el período decimonónico cuando el suicidio romántico se teñirá de características consideradas femeninas como la hipersensibilidad o la irracionalidad de manera que, a pesar de avanzar en la comprensión de las circunstancias de la víctima, el auge del discurso médico que se dio durante esta época sirvió para apuntalar esos rasgos y ligarlos a la enfermedad mental y a la patologización del cuerpo y la sexualidad de la mujer. Así, se creó una retórica de la verdad que institucionalizó, mediante la mediatización artística, la literatura científica y la legislación, la relación entre mujer y locura con la consecuente necesidad de desplegar dispositivos de control que coaccionaran su predisposición a lo perverso y antinormativo.

Bajo esos moldes ideológicos, en el segundo capítulo se profundiza en los tratados que circularon por Gran Bretaña y España y que conformaron el universo simbólico de la representación de la mujer como un ser enfermizo, débil en su naturaleza y en su raciocinio, quedando legitimada en la subalternidad con respecto al hombre y en la relegación de su espacio dentro de los muros de lo doméstico. El arte, la prensa y el espectáculo no solo actuaron como receptores, sino como catalizadores de opiniones populares y supersticiones disfrazadas de argumentos médicos y sociológicos que continuamente

eran reelaborados por el público. La morbosidad generada incidió en la profusión de cuadros y publicaciones de prensa —a veces acompañadas de explícitas ilustraciones— que retroalimentaron la mitificación del suicidio femenino convirtiéndolo en una suerte de entretenimiento o de objeto artístico (con clara preferencia iconográfica por el ahogamiento), con un marcado sesgo de género y de clase social. Un voyerismo proyectado desde los miedos y fantasías masculinas en el que el cadáver de la suicida no escapa a una objetivización cuya belleza no solo se colma de erotismo sino de moralidad al saldar con la muerte sus pecados.

En esa línea de análisis, el tercer capítulo nos adentra en el mapa literario de la presencia de la temática del suicidio femenino en las letras masculinas. La recreación de la muerte de la protagonista shakesperiana se encuentra latente en las diversas representaciones que comparten su dependencia emocional, física y económica con respecto a los hombres por lo que, llevadas por la locura o la perfidia, «eran incapaces de elegir libremente hasta su propia muerte» (p. 82). De este relato han participado grandes títulos de la literatura canónica occidental, dejando a su paso una estela de narraciones que han replicado ese modelo de feminidad autodestructiva. En el caso de Inglaterra, el marco de la industrialización instó a reforzar la moral victoriana con una férrea vigilancia sobre cualquier atisbo de transgresión femenina por lo que la nómina de obras y autores nombrados da buena cuenta de cómo la imaginación masculina se abocó a idealizar la imagen del ángel del hogar. Además, al focalizarlo como un problema eminentemente femenino, se quiso desviar la asociación de este desorden social con la imagen de la nación. En lo tocante a España, como bastión católico alejado del pecado suicida, el silencio fue la norma imperante por lo que no se generó un gran debate en torno a su patologización y despenalización y, por ende, la producción literaria fue menor. Aun con todo, la ligazón con la locura femenina estaba plenamente vigente de forma que, si se trataba el suicidio de manera explícita, debía ir acompañado de una justificación moral que sirviera de advertencia para el público femenino. Con el tiempo, este estrecho margen fue ampliándose progresivamente dando cabida a matices e interpretaciones.

Cierra este bloque un capítulo dedicado al peso del espacio en el que ocurre el suicidio, así como sus implicaciones simbólicas y sus resignificaciones: la oscuridad de la noche, la tenebrosidad en lo profundo del bosque o el borde de un acantilado actúan como presagio de un destino fatal. Igualmente, Martín Villarreal nos recuerda que la conexión metafórica del carácter femenino con lo emocional y la naturaleza —sobre todo aquella impredecible y salvaje, de ahí, de nuevo, el memorándum de la locura— funciona precisamente por representarse como el reverso masculino que determina la esfera racional y civilizada. Pero, por encima de otras opciones, el paisaje escenificado en un entorno acuático cobró gran popularidad en cuanto a las posibilidades simbólicas que brindaba: el agua se convierte en un elemento ambivalente no solo al relacionarse con lo femenino por su cualidad dadora de vida, sino también por su poder disolutorio y vehículo hacia la muerte. Sin embargo, la imagen de la mujer ahogada puede en última instancia alcanzar un significado más trascendental y ofrecer una lectura positiva: la de la transgresión y el autosacrificio que se tornan en una liberación de aquello que la atormentaba, cerrándose el ciclo al volver el cuerpo al elemento del que surgió.

Teniendo en cuenta todo este andamiaje cultural en el que se prefería a las mujeres «muertas y bellas antes que con voz propia» (p. 125), en la segunda parte de su trabajo, el autor nos ofrece una acertada selección de autoras que rompieron el espejo y respondieron a esa codificación social, en muchas ocasiones, con visos de lo que posteriormente se ha determinado como conciencia feminista. Así, en el quinto capítulo nos pone en antecedentes sobre las coordenadas interpretativas en las que hay que situar a esta literatura

escrita por mujeres y en cómo han abordado el suicidio femenino, con sus ambigüedades y certezas, pero con un poso común de resignificación que procura equilibrar la búsqueda de la empatía de los lectores con los problemas de las mujeres y la validación de su autoridad como agente literario dentro de los parámetros jerárquicos que las han posicionado en una tradición literaria marginal.

El siguiente capítulo está enfocado en el contexto británico y en cómo el florecimiento de la literatura escrita por mujeres desembocó en un espacio de reivindicación política. Frente a las consignas del suicidio victoriano, estas autoras se propusieron revertir las ideas preconcebidas acerca de la fragilidad mental de las mujeres. Ese palpable inconformismo, no obstante, no estuvo exento de controversia por su complicidad con el cliché de la mujer suicida. El análisis de los escritos de Mary Ann Evans —más conocida por su pseudónimo *George Eliot*— Mary Elizabeth Braddon, Mona Caird y Eliza Lynn Linton nos proporciona un interesante campo de estudio acerca de las tensiones que pivotan entre los anhelos de rebeldía de sus personajes femeninos y los cauces de aceptación que supone el acatamiento de las normas de género y de decoro social, trasuntos, por lo general, de la propia identidad de las autoras. El interés por denunciar el carácter opresivo de los discursos artísticos y científicos sobre la mujer se sirve del sensacionalismo del tema para cuestionar verdades que se daban por sentadas e introducir aspectos de la cruda realidad a la que se enfrentaban las mujeres como motivación del suicidio, convirtiéndolo en una muerte elegida que las libera de los mecanismos coercitivos que las enloquecen.

En el capítulo siete es el turno de radiografiar las propuestas de las escritoras del ámbito hispánico cuyo punto de partida difiere de las anglosajonas por cuanto de tabú tiene el tema del suicidio en nuestra narrativa. Aun con todo, sin llegar a desarrollar una morbosidad basada en descripciones explícitas, recurren a la narración de comportamientos autolíticos, intentos frustrados o muertes inexplicadas para dar peso al discurso empático y liberador sin entrar en la contradicción de dignificar una muerte moralmente reprochable. Para la ocasión, el autor nos introduce en la exploración de la subjetividad de Gertrudis Gómez de Avellaneda, quien no solo estaba atravesada por la otredad de género, sino por la otredad colonial. Su sentimiento de incompreensión quedó plasmado en el conflicto entre las fuerzas sociales y el individuo, concretamente en la visibilización de las violencias soportadas por las mujeres, cuya liberación también puede hallarse por el cauce de la solidaridad y la acción común, en palabras de Susan Kirkpatrick, una «hermandad lírica» en la que Carolina Coronado también fue partícipe. Su discurso concerniente a la imagen de la mujer suicida se traduce en la forma de materializar el dolor de la mujer decimonónica, posibilitando una lectura secularizada y despatologizada. Por su parte, Rosalía de Castro personifica la recepción de la literatura femenina francesa y británica que se manifiestan en las convenciones melodramáticas de la expresión y en la denuncia de las condiciones sociales de las mujeres desafiando la noción de fragmentación de la identidad femenina como causa de la locura y el suicidio. El paisaje marítimo de la *costa da morte* se transmuta en un espacio en el que las mujeres viven y sienten con libertad, frente a la subyugación que se da bajo las reglas de la moralidad burguesa, tierra adentro.

Por último, la longeva trayectoria de Emilia Pardo Bazán le permitió aportar diferentes puntos de vista sobre este tema; desde la condena al silencio, pasando por la fascinación, de ahí el eclecticismo que la caracteriza. Por lo general, reprodujo parte del capital cultural configurado en torno a la figura de la mujer suicida, adaptándola al contexto español. Si bien la denuncia del filtro fetichista patriarcal se encuentra presente, procuró conciliarlo con su visión católica por la cual, la agencia en la propia muerte se entiende como un acto pecaminoso. Su gran conocimiento de la literatura europea le permite navegar

entre el fatalismo degeneracionista y la comprensión médica del asunto, sin dejar de lado las motivaciones de género que despiertan su visión más empática.

En definitiva, a pesar de las diferencias culturales y el desigual impacto del suicidio femenino en la tradición literaria de Gran Bretaña y España, la preeminencia de un discurso hegemónico configurado por la mirada masculina concentró toda su artillería simbólica y material en mediatizar la idea de la locura congénita de la mujer en un contexto histórico que se prometía propicio a cambios evolutivos en su consideración jurídica y social, sobre todo con los cada vez más acuciantes ecos del sufragismo. Las voces reivindicativas de mujeres no solo empezaron a tener una mayor circulación, fomentada en parte por el aumento de lectoras y escritoras, sino que conectaron experiencias de vida y cuestionamientos de los mandatos de género a niveles transnacionales y contribuyeron a invertir la idea de orfandad artística de referentes femeninos.

A lo largo de este trabajo hay que destacar el esfuerzo investigador que hace su autor por conjugar diferentes enfoques metodológicos con los que poder arrojar luz sobre cómo los contextos moldean la subjetividad de quien reinterpreta su realidad. Sin duda, su punto fuerte radica en el análisis de una rica selección de textos, siguiendo la premisa de Foucault mediante la que no hay relaciones de poder sin resistencia. Así, nos revela una serie de pistas acerca de la coincidencia entre autoras de diferentes latitudes en el tono, la denuncia social a la verdad impuesta y la apropiación simbólica de la imagen de la mujer suicida, lo que nos permite poder hablar de la pertinencia de una literatura escrita por mujeres cuya reacción colectiva bien puede tomarse como una acción política. Los procesos de identificación, por empatía o inconformismo, podían despertar en el público femenino una necesidad de combatir el *status quo*. Por eso, tal y como concluye Martín Villarreal, estas autoras desafiaron cuantiosas limitaciones para abogar por un cambio social, es decir; reivindicaron la muerte para salvar vidas.

María de los Ángeles GUTIÉRREZ ROMERO
<https://orcid.org/0000-0001-7220-1846>

